

---

# **Funes**

**Juan José Morosoli**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 8646**

---

**Título:** Funes

**Autor:** Juan José Morosoli

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 30 de julio de 2025

**Fecha de modificación:** 30 de julio de 2025

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Funes

El automóvil paró allí, frente a la plaza, cargado de valijas y banderines rojos. El hombre que lo manejaba bajó de el. Funes que estaba como siempre allí mismo, se le acercó.

Como era hábil para abrir prosa, en seguida supo lo que tenía que saber.

El hombre dio que era ingeniero, que iba a la estancia de Fulano de Tal...

—Muerto, interrumpió Funes

Si. Muerto. Ahora iban a abrir la sucesión. El iba a mensurar los campos. Precisaba un hombre que le acompañara. Que conociera el camino que supiera cocinar, que...

Otra vez habló Funes.

—No siga. Tá hablando con él...

Así se arregló todo y los dos fueron al campo a mensurarlo.

\* \* \*

Funes siempre está ahí en la plaza que es adonde vienen a parar todos los coquimbos con plata. Gente que viaja. Gente que necesita saber esto, lo otro y lo demás. Que lo preguntan todo como sonseando, sacando de mentira a verdad informes de toda clase. Funes intuye la razón de las preguntas y sabe dar respuestas vacías por las que el otro va perdiéndose. Sabe además vida y milagros de todo el mundo. Donde puede estar fulano a tal hora, qué capital tiene mengano.

En la prosa ya, va informando al otro:

—"Resultadamente" que en el pueblo yo soy el único endilgador que hay ..

\* \* \*

Extraño que cae viene a dar a él. Esto le dice mientras el otro oye el monólogo. Ya entregado totalmente, pues Funes es el hombre que él andaba buscando.

Ahora, le pregunta a él su nombre. Él vivía de eso, de mendigar a los extraños.

Funes responde por partes.

—Mi nombre es Funes... Pero me mal me llaman el capón. Y...

El otro va a preguntar pero Funes lo detiene:

—Es un defeto... Y nada más. Usté pregunte por Funes... ¿Está?

—Bueno. Sí. Está. Pero ¿de qué vive Funes? ¿De eso?

Funes levanta la mano derecha y responde:

—Si no hubiera sido por esto —y señala con la otra mano el lugar donde todo el mundo tiene el pulgar— ya me hubiera muerto de hambre...

Pero le falta el pulgar. Lo que él señala es lo que falta allí.

—¿Cómo, dice el ingeniero, si le falta el dedo?

—Sí. responde Funes conmovido mirando aquel dedo que le falta, y el costurón del desmoche brutal, este se gana ocho pesos por mes... ocho pesos por mes!...

A veces gana más que los otros dos brazos juntos!... ¡La piedra que se lo llevó fue una lotería!

El otro se ha quedado demudado. Hay un silencio y Funes pasa huyendo por él.

—También me llevó otra cosa... Pero no me la reconocieron...

Están en el silencio otra vez. Es Funes el que termina.

—Parece que un dedo vale más que eso... ¡y valdrá nomás!...

\* \* \*

Estos hombres que llegan tan pronto como se encuentran se pierden. Algunos no saben ni por qué andan.

—Parece —dice Funes— que anda mucho "innormal" suelto. Locos no son Pero es gente que tiene los tiros desparejos...

Esto mismo de las banderas y de las valijas es uno de esos.

Pero lo que pasó fue esto: fueron allá y se instalaron en la casa del finado. El primer día anduvieron mirándolo todo. Iban a caballo. El hombre preguntaba babadas y decía sonceras, pero como hombre no se podía negar que era una especialidad.

Cada vez que sacaba cigarrillos le daba a Funes el primero.

Hacía café con una máquina y el primer pocilio era para Funes.

Había días en que no trabajaban porque estaban muy lindos. Sentir llover bajo el techo de zinc era para él una música. Funes tiene interés en que esto se entienda bien.

—Una música...

Se ríe que da gusto y repite:

—¡Una música! ¡Agua en un techo!... ¿Eh? ¿Tengo razón o no tengo razón?

Y sigue:

...Los días lindos se ponía a leer bajo un árbol o miraba a ojo tendido el campo aquel que no se terminaba nunca.

Funes aburrido cortaba un gajo de en vira y le labraba a cuchillo una víbora enroscada. El otro levanta la cabeza:

—Fíjese, le dice, en aquellas manchas que van por el campo.

Funes mira y no ve nada.

Ganado abajo y dos o tres nubes que van despacio por el cielo. Eso ve Funes.

—¿Ve?

—¡No!

Claro, ve la sombra de las nubes. Pero eso no va a ser lo que le llama la atención al otro. Espera pues que dé explicaciones. Pero nada.

—Bueno, piensa Funes: si es bobo yo no tengo la culpa.

Y termina con el palo que está labrando.

La cabeza de la víbora llegó a la cola y la muerde. A él le gusta hacer así a las víboras

\* \* \*

Antes de aquel suceso se ganaba la vida trabajando en un horno de ladrillos. Después lo ocurrió aquella desgracia.

—Ahí tiene usted, a causa de un perro, dice.

El italiano que estaba a cargo de los barrenos de la cantera era un cazador número uno. Tenía un perro que daba gusto.

—Le faltaba hablar porque el gringo no sabía hablar él...

Los domingos el italiano salía a cazar. Después venía a la

cantina y se envinaba. Los lunes llegaba al trabajo medio dormido.

—Este animal —se refiere al hombre— comenzó aquel lunes a cargar el barreno El perro lo había seguido y andaba por ahí. En una de esas le tiró el bolsín de las herramientas y el hombre lo ató. Prendió el barreno y se fue.

La explosión casi enloqueció al animal que salvó disparando campo afuera. Después anduvo el perro perdido hasta que Funes dio con él y lo aquerenció.

—Cuando el italiano lo supo me mandó buscar, me ofreció plata y yo le llevé el perro. Pero el perro en cuanto lo vio casi me saca de arrastro.

—Yo —termina— "moralmente" no comprendía por qué el perro —que es el animal más fiel, no hay nada que hacerle— hacía esto...

\* \* \*

Fue entonces que entró de peón en la cantera. El gringo lo que quería era el perro. Y él lo llevaba siempre, cosa de acostumbrarlo al viejo dueño.

El perro andaba por allí entre ellos. Mirándolos a veces volvía la cabeza hacia el pueblo. Otras amagaba seguir al gringo pero pensaba un poco y volvía donde Funes. Todo siguió bien hasta que un día un barreno perdido a flor de tierra reventó entre ellos.

Volaron cinco o seis piedras que alcanzaron a Funes en el vientre y la mano.

—Del perro no se supe más nada... Mi dedo quedó perdido en el pedregal...

Le envuelve un silencio que le baja la cara y levanta la mano hasta la frente. Y agrega:

—Cuando salí del hospital ya salí con el mal nombre...

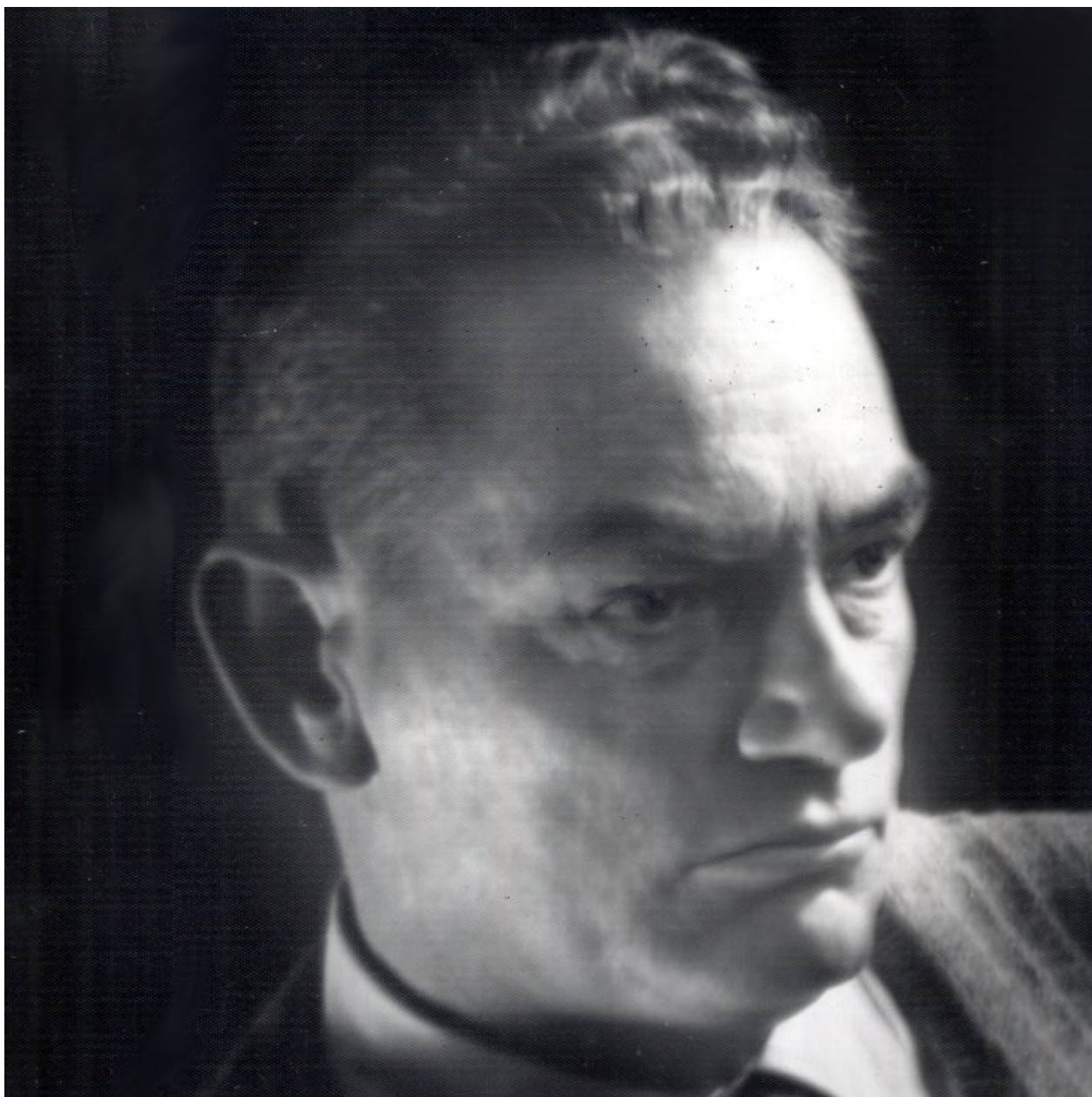
—Pero —pregunta el ingeniero— ¿lo operaron... también?

—Sí dice él... Bien desgraciadamente...

Y se da vuelta ocultando la cara, simulando prender un cigarro contra el viento.



## Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.<sup>4</sup> Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.